

# Los intelectuales y la utopía

Teófilo González Vila

Miembro del Instituto E. Mounier.

[*Intelectuales de espaldas a Utopía*].— «Intelectuales» se consideran, con la más amplia aquiescencia social, al menos también, e incluso preferentemente, los integrantes de esos variopintos colectivos que aparecen en los medios de comunicación como «firmantes» de manifiestos, denuncias, proclamas, apoyos y condenas, o las figuras de eso que se llamaba en Madrid «la movida»; y los brillantes comunicadores que acaparan el favor de los medios periodísticos y editoriales, dispensadores inapelables de famas y deshonras intelectuales y democráticas, celebrantes del presente, jueces determinantes de lo «políticamente correcto», críticos-vacuna, sostenedores del Sistema. Se han sentado de espaldas a la utopía, a disfrutar del momento, a legitimar la situación. Pero está claro que cuando decimos «ya hemos llegado, qué bien se está aquí, instalémonos aquí para siempre», ya no hay utopía para nosotros; si nos sentamos, no podemos decir que progresamos. Progresista instalado, progresista «en posición de descanso»: *contradictio in terminis*. Entendemos que se traiciona a sí mismo, traiciona su auténtica condición, el intelectual que suministra legitimación a esa cómoda parada y calmantes con que inhibir las inquietudes que algunos «débiles» puedan sentir en contra.

[*Tal intelectual para tal utopía o anti-utopía*].— «Intelectual» y «utopía» son conceptos que se llaman el uno al otro, a la vez que el de «utopía» va «enracimado» con los de «futuro», «historia», «esperanza», «liberación», «consumación», «plenitud», «felicidad»... Las distintas figuras o tipos de intelectuales se correspon-

den con las posturas que se adoptan ante la utopía y, en último término, con el concepto mismo que de la utopía en cada caso se tiene. La utopía en cuanto tal, por definición es el nombre de algo deseado. No podemos darlo a lo ya poseído. Utopía —en el sentido más positivo del término— es necesariamente futuro, un todavía-no que actúa ya como fuente de sentido de la existencia colectiva, sociopolítica y personal, alimento del deseo, substancia de la esperanza, horizonte y norte-sur de la acción, de nuestra acción. Tal sería la utopía como objeto y meta de una esperanza activa transformadora de la realidad en la dirección que a ella conduce (utopía excitante). Pero no faltan quienes parecen concebir la utopía como objeto de mera espera quietista de un *fatum* sustraído a nuestra voluntad y responsabilidad (utopía estupefaciente = «opio del pueblo», aliada de la anti-utopía). Y están quienes, en efecto, ponen sus habilidades de «intelectuales» al servicio de las fuerzas anti-utópicas que quieren detener o «retrasar» la Historia para perpetuar o prolongar el injusto presente del que son beneficiarios.

[*La «función» que hace al intelectual y la «misión» que lo hace auténtico...*] El intelectual no lo es sólo por la naturaleza del instrumento que emplea: el intelecto. Todos los hombres lo emplean en cualquier trabajo y algunos como instrumento exclusivo, sin que eso baste para tener a alguien por intelectual. El intelectual lo es por una específica función: la de juzgar el presente y señalar el futuro deseable, proponer metas que dan sentido a la existencia sociopolítica y

personal y marcar el destino de la acción, desde una perspectiva crítica, global, teórico-práctica, y desde el compromiso personal por transformar la realidad en dirección a los fines propuestos. El intelectual no es el técnico de la racionalidad instrumental que busca los medios adecuados a unos fines dados y elabora programas detallados de acción inmediata, sino, cuando «auténtico», el guía que, desde la altura del deseo y la esperanza, grita «tierra» y señala hacia la «prometida» «que mana leche y miel»...; o, en el triste caso de infidelidad antiutópica, anuncia «ya hemos llegado» y recomienda hacer parada definitiva en un engañoso Edén...<sup>1</sup>

**[Entre el compromiso y la autonomía].** A la condición de intelectual le es esencial la tensión entre compromiso y autonomía; entre inmersión en la realidad y distancia crítica que le ponga a salvo del acoso cegador de lo inmediato. Del análisis gramsciano del intelectual hay que retener la exigencia de vinculación, entendida aquí como compromiso, y, en ese sentido, de orgánica pertenencia a una «causa», una utopía. Pero no es menos cierto que el ejercicio de la función por la que el intelectual presta su específico servicio es la función crítica y ésta no es posible sin una especial autonomía. Con esta autonomía ha de poder contar incluso el intelectual «de plantilla», incluso el «encuadrado» (de «cuadro» y de «cuadra»), al servicio del desorden establecido: no podría en absoluto prestar tal servicio si llegara a perder por completo su condición de crítico. Ni el compromiso ha de cegar la capacidad crítica, ni la autonomía que ésta requiere ha de entenderse como aséptica imposibilidad ante la realidad. Difícilmente se puede prestar el servicio de la «inteligencia» a aquellos con quienes a la vez no se comparten sentires, sentimientos y sufrimientos. Digamos que compromiso sin autonomía crítica «va» ciego; autonomía crítica sin compromiso flota vacía.

**[Vivimos tiempos anti-utópicos].** Vivimos tiempos anti-utópicos, en inestable equilibrio sobre los escombros de babélicas utopías totalitarias,

fuentes de horrores que quedan históricamente muy cerca y explican el recelo, cuando no el miedo, del postmoderno ante cualquier nuevo gran relato salvífico, ante cualquier nueva utopía. Para no volver a esas «andadas» habría que renunciar a la utopía —recetan algunos intelectuales del momento—, habría que refugiarse en el relativismo nihilista, el indiferentismo axiológico, el presentismo inmediatista hedonista, siempre encerrados, pero seguros, en el estrecho margen del corto plazo, sin alientos para el futuro. Pero la fiesta postmoderna sostenida por la abundancia consumista, abarrotada con el bullanguero olvido del futuro, toca a su fin. Los nuevos fundamentalismos están a la puerta: los trae el hambre de pan (mundo pobre) y de discernimiento y afirmaciones (ricos postmodernos amenazados por el vacío del indiferentismo).

**[Reconstruir la utopía].** Ahora y siempre traicionará su misión el intelectual que se apreste a ofrecer consoladores paliativos, a acallar con falsas seguridades la ansiedad ante las grandes preguntas que levanta el hambre-hambre y el hambre, el deseo de verdad y de bien, de belleza, de perdón y de paz fraterna. Grave será la traición la del intelectual que oficie como cultivador del miedo a cualquier propuesta de verdad, suministrador de indoloras indiferencias, de calmante relativismo, falsamente envuelto bajo la prestigiosa etiqueta de «tolerancia». Pero traicionará también su misión quien pretenda hacernos volver a tiempos y modos premodernos de verdades impuestas y aplazamientos transhistóricos de la justicia. Gravita sobre los intelectuales en este momento la responsabilidad de llamar a la reconstrucción de la utopía. Y para esto han de empezar por rescatar, de entre los escombros de la Modernidad, valores a los que no puede renunciarse: justicia, libertad, pluralismo, democracia. Entre el horror de una verdad totalitariamente impuesta y la desmoralizada renuncia a toda pretensión de verdad, el intelectual ha de llamar a la búsqueda y afirmación progresiva, dialogal, comunitaria, de una verdad *semper maior*. «¿Tu verdad? No, la verdad. Y ven conmigo a buscarla...» Venga-

mos en dialogar. / «¿Nuestras verdades? Ni imponerlas, ni guardarlas, sino ¡hacerlas dialogar!».

[*Utopía, negativo del presente*]. Una de las notas del concepto mismo de utopía es la del optimismo (trágico!).<sup>2</sup> Pero, advirtámoslo, esa imagen del óptimo futuro, la utopía, se gesta como indignado rechazo del presente intolerable (Mounier).<sup>3</sup> Toda utopía entraña una condena del presente. La utopía es el «negativo» del negativo presente. Es la respuesta que damos desde el deseo y la esperanza a la maldad y la fealdad con que nos enfrentamos y a la que no nos resignamos. Una respuesta desde nuestro presente, nuestras necesidades, nuestros deseos y posibilidades, desde nuestra fe, desde nuestra concepción última del mundo que, a la vez, nos clarificamos a nosotros mismos justo mediante la utopía. Dime qué utopía te guía y te diré quién eres. A los «ricos», a quienes no se sienten indigentes de algo que ansiar y esperar, les es muy difícil entrar en «el reino de los cielos», justamente porque, en cuanto tales «ricos», empiezan por ni siquiera «echarlo de menos» y desealarlo.

[*Diversas funciones y clases de utopía. Utopía totalitaria y utopía democrática, personalista comunitaria*]. La utopía —hay que subrayarlo— presenta una inevitable ambigüedad axiológica. Desde cualquier posición en que uno se sitúe unas utopías serán positivas y otras negativas. La utopía puede ser acicate para la acción liberadora o adormidera inhibitoria de cualquier intento emancipatorio. Una misma utopía puede ser fuente de libertad o instrumento de dominación. Pero sin duda, la función estimulante o inhibitoria de una utopía viene favorecida por los anhelos a los que responde y el contenido mismo con que se le concibe. Hay utopías totalitarias y utopías democráticas, utopías colectivistas y utopías personalistas comunitarias. La utopía, en cuanto proyecto global, totalizante, que, por otra parte, no llega a concreciones programáticas, propias de la acción inmediata, y que, por lo mismo, se sustrae al juicio de los resultados, fácilmente se presta a ser utilizada como alimento y justificación de actitudes y

proyectos totalitarios. Siempre será fuerte la tentación de conseguir por cualquier medio el ideal trazado, y, para esto, arrasar al tardo, al étnicamente impuro, el disidente..., obstáculos de la grandeza soñada del Impersonal Colectivo Perfecto, en cuyo altar el gran dirigente iluminado sacrificará a cualquier particular y a comunidades humanas enteras que no respondan a su Gran Diseño. Bueno será recordar, en todo caso, con Hans JONAS, frente a la inhumanidad que quiere cubrirse de utopía, que las exigencias de la justicia, del bien y de la razón han de ser satisfechas por sí mismas, sin pagar, bajo «el señuelo de la utopía», llevados de un «optimismo inmisericorde» el precio de la eliminación de los vivos en aras del Porvenir. Más vale «el misericordioso escepticismo».<sup>4</sup> Frente a la utopía totalitaria, está la utopía personalista comunitaria, democrática: la perfección con que ésta sueña es la de una comunidad de personas libres que se mutuo-abren sin diluirse, se mutuo-auto-donan sin perderse, en el seno de un cálido nosotros comunitario.

[*Por la biópolis personalista comunitaria*] Estos dos tipos de utopía responden a dos opciones fundamentales, porque dos son los amores que hacen dos ciudades,<sup>5</sup> dos utopías: el amor de uno mismo hasta arrasar a los demás, construye la necrópolis totalitaria; el amor de los demás hasta la entrega de uno mismo construye la biópolis personalista democrática. Frente a la utopía totalitaria, hay que alzar la utopía democrática; frente a la utopía del poder, la utopía del acoger; frente a la utopía de la fría cruel perfección, la utopía del perdón reconciliador; frente a la utopía de los puros selectos, la utopía del enriquecedor mestizaje universal; frente a la utopía de la infalibilidad del Gran Hermano, la utopía del descubrimiento comunitario dialogal de una verdad que nos supera y que, inabarcable, nos garantiza el gozo del eterno alborozado descubrimiento; frente a la utopía colectivista, presidida por un «ello» que lamina todo «yo», la utopía personalista comunitaria, en la que cada yo personal es tanto más él mismo cuanto más se abre y dona en libertad al «nosotros» en cuyo seno cada uno —pa-

radoja de lo personal— alcanza la plenitud de su propia peculiar identidad: cuanto más me olvido de mí, más me afirmo; cuanto más me vacío, más me lleno; cuanto más me doy, más me poseo.

[*Utopía mundial*]. La utopía personalista comunitaria supone el culminar de un proceso de integración-expansión concéntrica de los «nosotros»: del familiar al mundial. La utopía personalista comunitaria es una utopía mundial. La única sociedad «humana» es la constituida por quienes son personas humanas en razón simplemente de personas humanas. Las demás integran a sus socios en razón de diferencias accidentales. Las diferencias étnicas, culturales, lingüísticas, sociales, políticas, económicas, individuales y colectivas (desde las fisicoquímicas a las «espirituales») se integran todas en la utopía personalista; pero jamás esas diferencias *accidentales* (negarlas sería máxima estulticia) pueden justificar la negación de la igualdad fundamental, *substancial* (ésta es la máxima inmoralidad). La figura del intelectual está atravesada también por la tensión entre la concreta particularidad del legítimo y obligado compromiso inmediato con «su» gente y la fidelidad a su misión de testigo del *logos* común, de lo simplemente *humano*; la tensión entre respeto a las particularidades culturales y obediencia a exigencias éticas universales ineludibles; entre moral particular de grupo y ética común. El intelectual ha de mantener a un tiempo la fidelidad a la exigencia de lo universal y la atención al palpitar vital de lo particular: dar sentido a lo particular desde lo universal; dar encarnadura existencial a lo universal en lo particular. Porque *universal sin particular, queda vacío; particular sin universal, está ciego*. La renuncia a la pretensión de universalidad da lugar a la inmunodeficiencia ética que hace posible la galopante infección de irracionalismos y nacionalismos: ésa sería la gran derrota del pensamiento, «traición» de intelectuales.<sup>6</sup>

[*Las fuerza antiutópicas. El dolor y el mal. El utoprealismo*]. Nuestra utopía no es secreción de un utopismo angelista, ingenuo. No. La utopía

no nos ciega para el mal, la injusticia y la fealdad de este presente, no nos convierte en angelistas bobalicones de «¡todo es bueno!», pero nos impide caer en el relativismo nihilista de «todo es malo», «todo vale, nada vale». Entre el desencantado cínico pragmatista que se mueve en el hábil regateo de lo inmediato rentable y el iluso soñador que se engaña a sí mismo y enmascara su impotencia o su pereza con la espera pasiva de Jauja, sin mover un dedo por remediar injusticias de las que tal vez se lucra, está el realista utópico. A esa «realutopía» le corresponden las notas que caracterizarían a la «utopía racional»: coherencia interna, entronque con el tiempo histórico, flexibilidad que hace posible su revisión.<sup>7</sup> Pero esa realutopía será racional, sin dejar de ser utopía, si en esa su racionalidad hacemos entrar también el excedente que pone el deseo esperanzado e inteligente, la «*inteligencia deseante*»;<sup>8</sup> si en esa racionalidad hacemos entrar nuestra entrega al riesgo que muchos imposibles esperan para brillar como acuciantes reales posibilidades. Nuestra realidad es tiempo. No puede suprimirse la secuencia de sus momentos, sus signos, su hora de maduración. Nada es más reaccionario que el maximalismo estéril de quien se empeña en hacer parir a la Historia una criatura de la que no está preñada todavía. Otra cosa es que podemos y debemos fecundarla con la simiente de nuestro arriesgado esfuerzo y hacer madurar el tiempo con el riego de nuestra sangre: *sine sanguinis effusione non est redemptio* (Hb 9,22). Frente al totalitario que quiere dejar «arreglado» el mundo en el corto tiempo de su biografía, el intelectual ha de proclamar nuestra modesta y paciente pertenencia al proceso de la Historia. La utopía cuando es expresión de madurez del corazón esperanzado y no ensoñación escapista, va acompañada de la madurez de la convicción de que eso grandioso por lo que luchó depende de esto pequeño que está a mi alcance, de este humilde y trabajoso paso para dar el cual es necesaria toda mi entrega y tal vez una gran capacidad de riesgo, sin echar a la maldad del mundo la culpa de lo que es sólo mi ignorancia de los puntos de engarce mundo-utopía. «Madurar» no es renunciar a la

utopía sino aceptar convertirse en un peón de su construcción, con la humildad y el gozo de formar en la larga fila histórica de cuantos vivieron / viven / vivirán la misma esperanza.

[*La utopía cristiana*]. ¿Es posible la esperanza utópica sin fe en un más-allá en el que todo el trabajo de la Historia adquiere sentido transmutado en el definitivo perpetuo gozo de la total y plena comunión amorosa, en el reino sin fin de las personas-fines? Desde la perspectiva cristiana, la Historia lleva clavado el rejón del pecado, pero a la vez va henchida con el germen de plena liberación que es la gracia. Opera en el entramado de la realidad histórica un misterio de iniquidad (2T 2,7): división, pecado, muerte. La eliminación de esa iniquidad ontológica pasa con necesidad metafísica por un proceso de muerte y resurrección. Pero la Historia no es un gratuito espectáculo sangriento montado por el capricho teatral de un gran autor sádico. El proceso de la Historia es un proceso de salvación, de plena beatificación universal. Esta Historia tiene un sentido, una dirección y un término absoluto: su consumación en el reino de Dios, «nuevos cielos» y «nueva tierra» que no están en solución de continuidad con éstos. El esfuerzo en la construcción de la ciudad terrena es tarea de maduración de la Historia hasta el momento pleno en que sea asumida en la transcendencia. El admirable empeño de Bloch no alcanza a tanto. No diré que la aspiración y la lucha por la utopía personalista comunitaria requiera estar sustentada en la fe cristiana (ejemplares constructores de esa utopía conocemos que se dicen increíbles); pero sí, a la inversa, cabe decir que vivir esta fe supone la más fundada apuesta por esa utopía. A mantener sin desma-

yo la esperanzada caminata histórica hacia ese «reino» ha de consagrarse, desde su específica función, el cristiano... «intelectual». «Venga a nosotros tu reino» no expresa pasiva espera, sino activa esperanza, anhelante esfuerzo, sostenido empeño utópico, erguida voluntad de anticipar con el mutuo perdón tal «reino»... **A**

#### Notas

1. Sobre el verdadero «Paraíso» algo nos dice también DÍAZ, Carlos, *En el Jardín del Edén* (Ed. San Esteban, Salamanca, 1991).
2. Cf. DÍAZ, Carlos, o.c., pp. 144 ss.
3. *Revolución personalista y comunitaria. V. Líneas de futuro*, en *Obras completas* (Ed. Sígueme, Salamanca, 1992) t. I, p. 452.
4. JONAS, Hans, *Das Prinzip Verantwortung* (Insel Verl., Frankfurt am Main, 1979). Traducción española de Fernández Retenaga, J. M., *El principio de responsabilidad* (Círculo de Lectores, Barcelona, 1994), p. 352. En una nota se añade: «el dogma eclesiástico del pecado —que no desaparece de la existencia humana, pero que puede hallar perdón— es un ejemplo de misericordioso escepticismo».
5. Cf. AUGUSTINUM, *De civitate Dei*, XIV, 28.
6. FINKIELKRAUT, Alain, *La défaite de la pensée* (Paris, Gallimard, 1987). Traducción española de Joaquín Jordá, *La derrota del pensamiento* (Barcelona, Anagrama, 1987). Él recuerda la obra de BENDA, J. J., *La trahison des clercs* (Grasset, 1927). MOUNIER nos ofrece unas certeras y profundas consideraciones al comentar las distintas posiciones de BENDA y de PÉGUY en *El pensamiento de Charles Péguy*, en *Obras Completas* (Ed. Sígueme, Salamanca, 1992) pp. 71, 73, 97, 131 s.
7. QUINTANILLA, M. A. / VARGAS-MACHUCA, R., *La utopía racional* (Espasa-Calpe, Madrid, 1989).
8. De la «elección» dice Aristóteles que es «o inteligencia desocosa (*oretikós nóús*) o deseo inteligente (*órexis dianoetiké*), y esta clase de principio es el hombre» (E.N., VI, 2, 1139b4-5).